

El *beatus ille* realista: *A cidade e as serras*, de Eça de Queirós, y *Peñas arriba*, de Pereda

Carmen SERVÉN DÍEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Desde mediados del siglo XIX, e incluso en el siglo XX, la novela europea aborda los temas de la vuelta a la tierra natal y a la naturaleza y de nuevo se abre paso en la narrativa el tema tradicional de menosprecio de corte y alabanza de aldea, que se vincula ahora a ciertas preocupaciones sociales (Clarke, 1984: 213). *A cidade e as serras* [1901], de Eça de Queiroz, al igual que *Peñas arriba* [1895], de José María de Pereda, forman parte de ese conjunto novelesco europeo al que me vengo refiriendo, pero mientras que la primera constituye la obra que su autor consagra al tema, la segunda es resumen y compendio de inquietudes que el novelista venía desgranando ya en obras anteriores (Clarke, 1984: 214). Mi presente trabajo se dirige a destacar afinidades y diferencias entre ambas novelas¹, que se orientan hacia la exaltación de un patriarcalismo idealizado concebido en ambos casos como vía de regeneración y mejora social y personal. En las dos novelas el campo representa la recuperación de un estado de vida inocente y natural².

José María de Cossío ya anotó hace varias décadas el parentesco argumental existente entre *Peñas arriba* y ciertas novelas portuguesas, concretamente *A morgadinha dos canivais*, de Julio Diniz, y *A cidade e as serras*, de Eça de Queiroz. Desarrolló el paralelismo observado entre la citada obra de Eça y la de Pereda, y anotó varias similitudes y diferencias que asoman entre la personalidad de ambos protagonistas (v. Cossío, “La obra...”, 264 y ss., y “Vocación...”, 357 y ss.).

Por otra parte, la novela española de fines del siglo XIX, ya desde antes del desastre de 1898, albergaba preocupaciones regeneracionistas, según ha mostrado el profesor Leonardo Romero Tobar (1977: 135-209): la denuncia del caciquismo vil, del absentismo de los grandes propietarios rurales y del olvido institucional del campo aparecen en varios textos narrativos de la época. Algunas de estas cuestiones, como la oposición cacique/patriarca —autoridad local que es social y moralmente deplorable frente a la generosidad señorial de tradición y calidad— o el olvido de sus importantes tareas sociales en el campo por parte de los grandes señores

1. Lo que ya fue iniciado por J. M. de Cossío en su ensayo “Vocación del campo”.

2. Es algo idéntico al proceso que analiza A. H. Clarke para Levin en *Ana Karenina*, otra de las novelas del grupo europeo identificado más arriba. V. A.H. Clarke, 1984: 219.

rurales, precisamente son temas queridos para Pereda y configuran el ideario que alienta en varias de sus obras (González Herrán, 1985: 226 y ss.).

En tiempos más recientes, Toni Dorca ha explicado que el cronotopo idílico “está vigente en la literatura de occidente prácticamente desde sus orígenes”³ (2004: 13), fructifica en la llamada “novela regional” española⁴ del siglo XIX y constituye “una respuesta artística a la industrialización y el auge del capitalismo” en el seno de la corriente que llamamos “realismo”. En suma: Dorca analiza un conjunto novelesco como “resistencia al capitalismo” articulada por el procedimiento de “ensalzar el espíritu colectivista y solidario frente al radical individualismo burgués” (2004: 18); en ese conjunto narrativo sitúa Dorca *Peñas arriba*, que participaría así de uno de los patrones novelísticos en torno a los cuales se estructura la narrativa decimonónica (Dorca, 2004: 25).

Así pues, a fines del siglo XIX hay un escenario internacional en que la novelística europea y española abordan temas de vuelta a la tierra natal y a la naturaleza como regresos marcados ideológicamente; y ello se combina con la existencia en España de una narrativa regeneracionista que muestra su cansancio frente a la fórmula socio-política consagrada con la Restauración. *Peñas arriba*, que el profesor González Herrán considera afín a ciertos temas regeneracionistas, se halla vinculada tanto al grupo europeo como al español; por su parte, *A cidade e as serras* forma parte de pleno derecho del grupo europeo mencionado, y además se debe a la pluma de un autor movido por intensas preocupaciones sociopolíticas⁵.

Eça y Pereda vuelcan su ideario socio-político en sus respectivas escrituras. Carlos Reis (1999: 141) ha mostrado que el novelista portugués sostuvo una concepción de la literatura como práctica ideológica⁶ y se ha referido a la vocación “reformista y moralizadora” (1999: 148) de Eça de Queiroz. No menos didáctica y cargada de ideología ha visto la crítica a la novelística perediana, que rezuma nostalgia de los tiempos pasados (v. García Castañeda, 200-2001: 85-96). Eça, diplomático que residía de continuo lejos de su tierra portuguesa, transparenta también una clase de añoranza, probablemente más geográfica que temporal (Simoes, 1980: 660-4).

3. Así por ejemplo en Hesíodo (*Los trabajos y los días*), Teócrito (*Idilios*) y Virgilio (*Églogas y Geórgicas*), sigue diciendo T. Dorca.

4. T. Dorca se refiere a autores como Fernán Caballero, Pereda, Alarcón, Palacio Valdés, Pardo Bazán y Blasco Ibáñez.

5. No todos los estudiosos de la literatura portuguesa están de acuerdo en este punto. Mientras que A. Langa Laorga considera al Eça postrero como adalid de una regeneración portuguesa y una vuelta a las raíces en respuesta a la crisis de identidad frente al *ultimatum* británico de 1890, Alexander Coleman asegura que en sus dos últimas obras – *La ilustre casa de Ramírez* y *La ciudad y las sierras* – “parece que Eça ha renegado de sus ideales políticos y estéticos que han gobernado su práctica ficcional a través de su carrera” y destila una intensa “benevolencia hacia el Portugal tradicional” (1980: 248); el novelista, al final de su vida, estaría basculando hacia un orden neo-feudal. Por su parte, J. Gaspar Simoes, insiste en que Eça abominaba del campo en su vida real, como muestran sus cartas últimas (1980: 664), y escribió *A cidade...* en la línea del idealista Julio Dinis (1980: 659), no en su habitual perspectiva realista.

6. Lo que aproxima su obra, según destaca C. Reis, a la de un novelista como Leopoldo Alas: es notorio que ciertos libros como *O crime do Padre Amaro* y *La Regenta*, comparten un fuerte componente anticlerical.

En todo caso, hay importantes elementos comunes entre *Peñas arriba* y *A cidade e as serras*, si bien Eça basculaba hacia ideas socializantes mientras que Pereda simpatizó con las muy conservadoras posturas carlistas. La estructura y motivos de las dos novelas que vengo considerando son paralelos, pese a lo cual no propongo considerar una interinfluencia: de momento no tenemos motivo alguno para pensar que Eça hubiera leído la novela de Pereda antes de empezar a fraguar la suya⁷. Por otra parte, sí tenemos constancia de que ambas obras se ligan temáticamente a sendos textos anteriores de sus autores: Dorca (2004: 81) considera que hay un diálogo intertextual de tipo ideológico entre *Don Gonzalo González de la Gonzalera* [1878] y *Peñas arriba* [1895], de Pereda⁸; y Carlos Reis (2004, 12) muestra que el cuento *Civilização (Civilización)* [1892⁹] constituye un primer abordaje queirosano de temas y situaciones que en la novela *A cidade e as serras* se elaboran más profunda y largamente, como si el cuento fuese un ejercicio narrativo en que ahondar más adelante.

Además se ha visto cierto autobiografismo tanto en el proyecto de redacción de *Peñas arriba* como en el de *A cidade e as serras*. Laureano Bonet ha analizado la sombra que sobre el trabajo de Pereda proyecta la muerte de su hijo mayor: no sólo el dolor ante la muerte se reflejaría en el libro —lo que se hace evidente en las sentidas páginas dedicadas al fallecimiento de don Celso (según Bonet, LXVI y ss.)— sino también la huella de lecturas peredianas de aquellos días: el *Libro de Job*, la *Guía de pecadores*, de Fray Luis de Granada, los *Salmos*... En cuanto a Eça, la crítica sostiene que *A cidade...*, sería fruto del último viaje de su autor, diplomático que añora su tierra, a los parajes portugueses del Duero, y fue escrita tras volver a París, donde el novelista residía (Gaspar Simoes, 1980: 660).

Así, la línea genealógica de ambas novelas está profundamente entreverada en la narrativa anterior de cada uno de sus autores y en su vida personal, con lo que parece tarea vana intentar fijar alguna clase de interinfluencia entre los dos escritores; mejor habría que pensar en la profunda coherencia de la poética realista europea a que se refería Marisa Sotelo Vázquez en su exposición verbal a lo largo de este mismo coloquio de la Sociedad de Literatura Española del siglo XIX. Y en mi trabajo, destacaré solamente algunos aspectos, no desarrollados por Cossío, en que las obras de ambos escritores presentan afinidades y mostraré también ciertas diferencias:

7. Sabemos, sin embargo, que al menos desde los años 1880, Eça era un escritor conocido y admirado entre sus colegas españoles. Clarín alaba *O primo Bazilio* en una conocida carta a Galdós de 1885; Emilia Pardo Bazán tenía la mejor opinión del novelista portugués, al que dedicó en varias ocasiones palabras elogiosas (v. Los trabajos de E. Losada, sobre todo los de 1992 y 2007); y el propio Valle Inclán, mal que bien, fue su traductor a primeros del siglo XX.

8. “Las ventajas del régimen patriarcal sobre el constitucional forman parte del tejido ideológico de las dos novelas” (T. Dorca, 2004: 83). Y Clarke (1999: 33) ha relacionado *Peñas arriba* con *Pedro Sánchez* [1883]; ambas son autobiográficas, emplean el motivo del viaje con pretensiones simbólicas, consideran la contraposición corte/aldea, y plantean la conversión del héroe.

9. No me consta cuándo fue escrito este cuento, pero el hecho es que apareció en la *Gaceta de Noticias* de Río de Janeiro entre el 16 y el 23 de octubre de 1892, según indica C. Reis (2004: 12).

Peñas arriba, de 1895¹⁰, es la culminación ideológica y técnica de los trabajos peredianos, pese a que insignes especialistas han señalado en ella algunas tachas: ausencia de verdadera acción (Montesinos, 1969: 262) y una cierta pesadez (Clarke, 1984: 234). Como quiera que sea, en *Peñas arriba* recogió su autor temas que ya barajaba en textos anteriores, como la disyuntiva entre corte y aldea, entre tradición y progreso, entre lo viejo y lo nuevo, entre catolicismo tradicional y racionalismo o librepensamiento (Clarke, 1984: 235). Tiene como protagonista a Marcelo, doctor en derecho, que vive con todo lujo en Madrid, libre de cargas y disfrutando la herencia de su difunto padre. Marcelo, instado por su tío, viaja a la Montaña y allí se familiariza con un paisaje agreste y con gentes broncas y honradas. Sus conversaciones con Neluco, el médico rural, con don Sabas, el cura del lugar, y con Don Ángel, señor de la torre de Provedaño, así como el contacto con las gentes de la aldea, modifican poco a poco su punto de vista inicial, y la novela es la historia de su cambio de rumbo personal, pues termina por afincarse en la Montaña y entregarse a su labor social como Patriarca para continuar el trabajo de su tío Don Celso. Eso incluye un matrimonio adecuado y agradable con Lita, una linda y hacendosa joven de la zona.

A cidade e as serras apareció como obra póstuma en 1901 y no fue traducida al español hasta 1903¹¹. Muestra a un personaje central, Jacinto, que vive en la ciudad europea más sofisticada: París. Es un joven portugués que ha heredado un gran patrimonio y está instalado en una enorme mansión de la capital francesa desde su nacimiento; vive rodeado de todas las novedades y ventajas que pueden proporcionar la cultura y la técnica. Su casa y su entorno están vistos con los ojos de su amigo José Fernández, el narrador, a quien sorprende el despliegue de lujos y artilugios —hay incluso un aparato para abrocharse los botones— que ve en la residencia de Jacinto. Pero el dueño de esta casa impresionante está harto, aburrido: las comidas elaboradísimas, la futilidad de los intelectuales que recibe¹², la imperfección técnica de los aparatos que acumula... lo llevan a un tedio infinito. Al fin, a sugerencia del administrador de sus tierras, emprende viaje al solar de sus mayores, en Tormes (Portugal), donde piensa pasar un tiempo no muy largo y a donde se dirige precedido de cajas y cajones repletos de enseres que le parecen imprescindibles. El caso es que Jacinto llega a sus tierras desprovisto de sus objetos domésticos, pues los cajones se pierden por la red de ferrocarriles de la península ibérica. Tras lamentarlo profundamente, el joven va dándose cuenta de lo auténtica y agradable que resulta la permanencia en el campo. Así que termina con planes de mejorar la vida cotidiana de sus colonos e instalado definitivamente en su quinta de

10. L. Bonet, en su edición de la obra, indica que la última cuartilla del texto manuscrito está datada en diciembre de 1894 (XLVIII).

11. Losada (2007), indica que la primera traducción al español la hizo en esa fecha Eduardo Marquina.

12. Recuérdese, por ejemplo, al personaje novelista que se ve acorralado durante una cena por los demás comensales: su protagonista llevaba ropa interior negra y no violeta, como consideraban de rigor en tal tipo de texto y personaje los otros invitados a la mesa. (*A cidade...*, 433).

Tormes, donde casará con una joven bonita y apropiada. Nunca más querrá volver a vivir en París.

En ambas novelas, la vida urbana inicial ocupa un espacio reducido, más breve aún en la obra del santanderino, puesto que su protagonista emprende el viaje a la Montaña ya en el segundo capítulo, mientras que en *A cidade...*, la estancia en París se prolonga hasta el capítulo octavo. Desde luego, la sofisticación y lujo capitalinos, que aparecen detallados en el libro de Eça, son mucho más sugerentes y concretos que los ofrecidos en unas breves pinceladas por Pereda. Pero en ambos casos se perfila un protagonista cosmopolita, culto y aficionado al arte; un protagonista que no conoce el solar de sus mayores debido a que ya su padre se había instalado en la gran ciudad. A instancias de su tío en el caso de Marcelo, prestando oídos al administrador en el de Jacinto, ambos deciden emprender a la casona familiar un viaje que planean corto, pero que cambiará sus vidas. Y nótese que a ese viaje vienen empujados en el fondo por su apego a las raíces: Marcelo va a conocer a su pariente, su tío don Celso, que tanto se lo ruega; Jacinto asistirá al traslado de unos restos de sus antepasados.

Luego la “vuelta” a las raíces y al mundo natural de que hablaba Clarke es en estos relatos más un giro ideológico y vital de recuperación de los orígenes que un regreso a un lugar ya visitado. Se trata de un movimiento consistente en el rescate biológico-moral de sí propio, y también se trata de una propuesta autorial de recurso a lo primigenio frente a la sociedad urbana refinada que es percibida como artificial y perniciosa. Y el viaje que media entre un estadio personal y el otro, entre un sociedad urbana y una sociedad rural, es visto con detenimiento en ambas obras: más de las tres cuartas partes del libro se destinan a mostrar el viraje espiritual del protagonista una vez llegado a las montañas.

La impresión primera que produce el campo en los dos jóvenes viajeros es destacada en ambas novelas. Pero la naturaleza descrita por Pereda resulta mucho más áspera y menos risueña que la mostrada por Eça¹³. En el relato del segundo es primavera y enseguida asoman las florecillas, “la grandeza igualaba a la gracia” (*A cidade...*, 476¹⁴) en el paisaje y se deslizan expresiones como “floridos”, “adornadas”, “riendo”, “benéficamente”, “fresca”, “alegría” (*A cidade...*, 476-77) aplicadas a la naturaleza a lo largo de la descripción; mientras que el recorrido de Marcelo, que comienza a últimos de octubre, presenta un paisaje abrupto y grandioso, con un camino “desconcertado y pedregoso” (*Peñas...*, 19), con “hermosas planicies” (*Peñas...*, 22) al principio, pero ofrece también “barrancas” y es un “espectáculo de bravura salvaje” lo que lo espera a la llegada (*Peñas...*, 23). Pereda ha elegido unos parajes escarpados e invernales para acoger a Marcelo¹⁵, por lo que los pensamien-

13. Sobre todo, los alrededores de la casona de Tablanca.

14. Todas las referencias de este trabajo a la novela *A cidade...* corresponden a la edición de Aguilar citada en la bibliografía final; está hecha sobre la traducción de que en 1948 se encargó Julio Gómez de la Serna y que “significa la fijación definitiva de los textos queirosianos en versión castellana”, según explica E. Losada (tesis, 10).

15. El valle de Tudanca, cuya “topografía social” conoce bien y recoge (J. M. Cossío, “La obra ...”, 267) y cuyos topónimos se transparentan a través de los nombres eufónicos inventados por Pereda (J. M. Cossío, “La obra ...”, 269).

tos iniciales del joven evocan episodios de lucha y fatalidad, como la historia de la salvaje independencia de los cántabros frente a las legiones romanas:

...la muerte en cruz antes que el yugo del conquistador...; todo, todo lo comprendí y todo lo sentí, lo mismo que lo había comprendido y sentido mi padre, menos que pudiera vivir en tales vericuetos y tan esquivas soledades un hombre de mi educación, de mis sentimientos y de mis hábitos (*Peñas...*, 27).

Hay en ese “pedregoso” camino de Marcelo y en el rechazo inicial del joven hacia esa vida que se le ofrece, algo de la dificultad, el sacrificio y la renuncia al bienestar orgánico, que son propios de las vías de perfeccionamiento espiritual¹⁶ según se retratan comúnmente en los libros de devoción: la acomodación a ese paisaje y a esas soledades exigen a Marcelo un sacrificio personal y un cambio de óptica que posponga el bienestar propio al bienestar ajeno.

Sin embargo, en el libro de Eça, los goces corporales son recuperados en el campo: la transformación de Jacinto no se ofrece en los mismos términos que la de Marcelo. La comida es un elemento que hemos visto operar desde los primeros capítulos de *A cidade...*, cuando el texto trataba de la vida en París: los platos elaboradísimos, raros y preciosos, de un pescado especial, forman parte de una cena ofrecida por Jacinto y a la que el anfitrión asiste lleno de hastío (*A cidade...*, 439); en general, el joven en los ágapes refinadísimos en que participa, “esparcía por la mesa una mirada ya harta. Ningún plato, por escogido que fuera, le seducía” (*A cidade...*, 425). Su paladar estragado es la encarnadura física de su tedio urbano. Pero en cuanto llega a la sierra, en su primera comida, Jacinto siente hambre y hasta repite de sopa (*A cidade...*, 480) con fruición: el efecto de recuperación de las fuentes biológicas de vida se hace evidente; pero también la vertiente epicúrea de la metamorfosis del joven portugués.

Así, contrasta la atención que presta Eça a las cuestiones nutricias y gastronómicas para ilustrar la metamorfosis de su héroe, mientras que Pereda procura dar cuenta de esa metamorfosis sin extenderse sobre tales cuestiones. Como quiera que sea, ambos coinciden en manejar la historia amorosa como tema secundario, no principal: el idilio central se establece entre el protagonista y la naturaleza o la colectividad rural, más que entre éste y una mujer.

En ambas obras, una joven agradable y honesta, apropiada para acompañar al protagonista en su futura vida campestre, casará con el joven. En *A cidade...* es Juanita, prima de Pepe Fernández, el narrador: una muchacha rubia y blanca, a quien le gusta cuidar los mocosos de los alrededores y que hace un delicioso dulce de melocotones¹⁷. En *Peñas...* es Lita, despejada, linda y diligente, capaz de acompa-

16. En su edición de la novela, ya A.H. Clarke se refería a la “odisea interior” de Marcelo, a su “peregrinaje” y a la vinculación del texto con el lenguaje místico, cuajado de montes y oteros, de ascensos e itinerarios (1999: 40-44). Por su parte, L. Bonet destaca la dimensión simbólica y mítica que adquiere la naturaleza en este libro perediano (2006: LXXVIII).

17. Otra vez la comida deliciosa de la vida rural.

ñar a Marcelo en su ministerio social. En ambos casos el matrimonio representa la consolidación de un nuevo equilibrio vital y el logro de la ventura. Esa nueva vida, en el libro de Eça se liga a las lecturas de Virgilio (*A cidade...*, 486) y a una recuperación del goce de las funciones primarias: “Jacinto echa allí [en Tormes] raíces, fuertes y amorosas raíces en su áspera sierra” (*A cidade...*, 497) dice el narrador Pepe Fernández felicitándose de ello¹⁸. Por su parte, Marcelo cree en la “regeneración”, dice a la postre, y cuenta con una compañera que ha obrado el estupendo milagro de hacerle anidar en ese valle recóndito en que “se sienten y se admiran los prodigios de la naturaleza, y la inmensidad, la omnipotencia y la misericordia de su Creador” (*Peñas...*, 263). El amor erótico aparece así en ambas historias como pasaporte no sólo a la felicidad personal, sino sobre todo a la consolidación de la transformación.

Y en ambos casos, de esa transformación del protagonista forma parte la conciencia social. Jacinto, en sus recorridos por sus propiedades, se entera de que ahí hay gentes que pasan hambre (*A cidade...*, 504), y acomete una serie de iniciativas sociales: creación de una escuela y un asilo infantil, instalación de una farmacia, contratación de un médico... Los cambios operados en la personalidad de Marcelo también están vinculados a una nueva sensibilidad social; al fin el joven comprende y acepta la misión y la responsabilidad que le corresponden, porque, se pregunta:

¿qué soy yo, qué represento, qué papel hago, qué pito toco en medio de esas masas de gentes [urbanas]? ¿Para qué demonios sirven en el mundo los hombres que, como yo, se han pasado la vida como las bestias libres, sin otra ocupación que la de regalarse el cuerpo? (*Peñas...*, 255)

y se transforma finalmente “de cortesano muelle, insensible y descuidado, en hombre activo, diligente y útil” (*Peñas...*, 263). Así, el canto a la vida natural de los dos novelistas, el “beatius ille” realista se combina con la preocupación social. Nótese, por otra parte, que la necesidad de pasar a formar parte activa y responsable del engranaje social mediante el acto de contraer matrimonio y fundar una unidad familiar, es algo que se aborda ya en obras muy anteriores de Pereda. En *El buey suelto...* [1878], el desdichado y egoísta solterón que protagonizaba la novela se dolía de que cuantos componían su vecindad “tienen un destino que cumplir”, “parecen venidos al mundo con un fin benéfico y para ocupar un puesto que les estaba señalado, y son como rueda de artefacto que, por pequeña que sea, colocada entre otras, ayuda al movimiento”; pero él mismo vive en “el desamparo, el silencio, la soledad, la desconfianza, el misterio, el engaño” y siente el “desencanto de los vicios”, así que “¿de qué le sirve la libertad?”, él es “la rueda inútil” (807)¹⁹.

Con todo, es notorio que la presencia social en cada una de las dos novelas cobra visos distintos. En la de Eça de Queirós, el protagonista aparece rodeado de

18. Recordemos que el narrador es Pepe Fernández, viejo amigo del héroe.

19. Véase el capítulo completo titulado “Los vecinos de Gedeón” en *El buey suelto*.

gentes —amigos, criados, mantenida...— ya en la capital. Son gentes con las que en gran parte no tiene relaciones auténticas y cuya personalidad es también postiza; así, Jacinto contribuye al sostenimiento de una mujer, pero “simplemente por civismo, por dotar a la ciudad de una *cocotte* monumental”; nunca se ha acostado con ella, que en realidad no le interesa; y su respetado amigo, el gran duque, sólo luce un barniz de buena educación que se le despega como costra seca en cuanto surgen contratiempos: cuando se atasca el ascensor de servicio en que suben su exquisito pescado, “el gran duque tiró la servilleta. Toda su cortesía se desprendió como esmalte mal adherido...” (*A cidade...*, 439). La grosería apenas disimulada de las gentes del gran mundo parisino, y la dureza y hostilidad de la gran urbe, en boca del narrador Pepe Fernández, asoman ya en los primeros capítulos y contrastan con la evocación idealizada que de su terruño hace ese mismo narrador; en medio de una tormenta, éste observa:

Qué dolorosa noche para los diez mil pobres que en París vagan sin pan y sin lumbré! En mi aldea, entre cerro y valle, tal vez rugiese la tormenta. Pero allí, cada pobre, al abrigo de su chamizo, con su olla repleta de coles, se agacha en su manto al calor del hogar. Y para los que no tenían ni leña ni col, allí estaba Juan el de las Quintas o la tía Vicenta... (*A cidade...*, 462).

El hecho de que la historia en *A cidade...* esté narrada por un amigo fiel del protagonista, un amigo y paisano que adora su tierra natal, comporta una serie de diferencias en la perspectiva que sobre el contraste campo/ciudad se ofrece en la obra. Si en *Peñas arriba* el descubrimiento del poder terapéutico del campo y de la importancia de la propia función social se producen mucho más adelantada la obra, los beneficios de la vida rústica son evidentes en *A cidade* ya desde los inicios de la historia. Y el narrador, mucho antes de que en el protagonista Jacinto se produzca la conversión en campesino adicto a la vida rústica, emprende una descripción ferviente de las sierras (*A cidade...*, 476 y ss.). De todo lo cual resulta que en esta novela los contrastes campo/ciudad son manejados desde el principio, destacados y reforzados, como dos realidades que se presentan sincrónicamente; mientras que en *Peñas arriba*, la coherencia historia/retrato descansa sobre las estimaciones sucesivas del propio protagonista, que pasa de un lugar y estadio a otro, de la ciudad al campo, y nos va dando cuenta de sus descubrimientos al respecto.

Por otra parte, la sociedad rural que dibujan uno y otro novelista es peculiar. Pereda habla de un colectivo dirigido por el tío del protagonista, por don Celso, y apoyado por otros personajes destacados, como el médico Neluco o el cura don Sabas; la organización benéfica para todos procede de los ancestros, y las fuerzas vivas del lugar instan al protagonista para que acepte la misión social heredada. Pero en la novela de Eça las reformas sociales que emprende Jacinto en sus propiedades rurales no tienen precedente; tanto es así que su propio administrador las considera una extravagancia y las encaja con escepticismo (*A cidade...*, 506). Es

decir: el español trata de una sociedad receptiva y consciente, mientras que el portugués muestra un colectivo abandonado en el atraso ignorante.

La gran satisfacción final que ofrece Pereda a su protagonista en *Peñas arriba* no es la efusión, aunque sea ésta de cuerpo y alma, con su enamorada. Es el hallazgo de una misión personal, del sentido de la propia vida como servicio a la colectividad²⁰. La recuperación sensorial de Jacinto tiene su equivalente en el goce espiritual de Marcelo, que al asumir su responsabilidad social descubre la plenitud personal. Y ese paralelismo entre los itinerarios y las inquietudes finales o las alegrías de ambos protagonistas desliza además una notoria diferencia entre el talante más epicúreo y cosmopolita de la elaboración de *A cidade...*, y la construcción de una ascensión simbólica, tanto espiritual como material, en *Peñas arriba*, que culmina con la aceptación de una misión personal y una responsabilidad social.

Bibliografía

- BONET, L., “Introducción” a la edición de: PEREDA, J. M. de, *Peñas arriba*, Barcelona, Galaxia-Gutemberg, 2006.
- CLARKE, A. H., “El regreso a la tierra natal: *Peñas arriba* dentro de una tradición europea”, en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Enero-dic., 1984, pp. 213-269.
- , “Edición” de: PEREDA, J. M. de, *Peñas arriba*, Madrid Espasa-Calpe, 1999.
- COLEMAN, A., *Eça de Queirós and European Realism*, New York, New York University Press, [1980].
- COSSÍO, J. M., “La obra literaria de Pereda”, en: *Estudios sobre escritores montañeses*, Santander, Diputación Provincial, 1973. Vol. III, pp. 265 y ss.
- , “Vocación del campo”, en: *Estudios sobre escritores montañeses*, 3 vols., Diputación Provincial de Santander, 1973. Vol III, pp. 359-364.
- DORCA, T., *Volverás a la región. El cronotopo idílico en la novela española del siglo XIX*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2004.
- EÇA DE QUEIRÓS, J. M., *La ciudad y las sierras*, en: *Obras completas*, vol. II., Madrid, Aguilar, 1964.
- GARCÍA CASTAÑEDA, S., “Las *reminiscencias* de Pereda”, en: *Anales de Literatura Española de la Universidad de Alicante*, nº 14 (2000-2001), pp. 85-96, y en <http://www.cervantesvirtual.com>.
- GASPAR SIMOES, J., *Vida e obra de Eça de Queirós*, Lisboa, Livraria Bertrand, 1980.
- GONZÁLEZ HERRÁN, J. M., “Pereda y el fin de siglo. (Entre modernismo y noventa y ocho)”, en: MADARIAGA, B. y GONZÁLEZ HERRÁN, J. M. (eds.), *Nueve lecciones sobre Pereda*. Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1985.

20. Los primeros analistas del relato perediano ya destacaron los aspectos sociológicos de esta obra. Para algunos críticos tempranos, según recordaba José María de Cossío (“La obra...”, 266), “*Peñas arriba* no es una novela; es una tesis sociológica desarrollada en una obra que tiene la estructura de la novela”.

- LANGA LAORGA, A., *Eça de Queirós, testigo y crítico de la sociedad portuguesa*, Grafistaff, 1996.
- LOSADA SOLER, E., “Eça de Queirós nos escritos de Emilia Pardo Bazán”, *Boletín Galego de Literatura*, n. 7, mayo de 1992.
- , “La fortuna literaria de Eça de Queiroz en España”, en *Revista da Facultade de Letras*, nº. 19-20, 5ª serie, 1996, pp. 89-96.
- , “Traducciones de Eça de Queiroz en España”, en: *Aula ibérica*, Actas de los congresos de Evora y Salamanca (coord. Ángel Marcos de Dios), 2007, pp. 335-345.
- PEREDA, J. M. de, *Peñas arriba*, en *Obras completas*, vol. II. Madrid, Aguilar, 1988.
- REIS, C., “Eça de Queiroz y Clarín o la novela como discurso ideológico”, en: VILLANUEVA, D. et al (coords.), *Sin Fronteras. Ensayos de Literatura comparada en homenaje a Claudio Guillén*, Madrid, Univ. de Santiago de Compostela-Castalia, 1999.
- , “Prólogo” a EÇA DE QUEIRÓS, J. M., *Cuentos completos*, Madrid, Siruela, 2004.
- ROMERO TOBAR, L., “La novela regeneracionista de la última década del siglo”, en VVAA: *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1977.